



Ha llegado la hora de recordar a los muertos. El sufrimiento que nos causa una pérdida es una etapa dolorosa que, sin embargo, nos empuja hacia un crecimiento personal y nos hace apreciar con otros ojos cada minuto de la vida

# EL DUELO

En la novela *La muerte y la muerte de Quincas Berro d'Água*, el escritor brasileño Jorge Amado describe los últimos tiempos de la vida de Joaquim Soares da Cunha, padre excelente, marido ejemplar y buen trabajador público que, cuando se jubila, decide abocarse a una vida bohemia y desenfadada en la que logra gran popularidad entre bebedores, prostitutas y jugadores, hasta que encuentra la muerte. En una mezcla irónica de realismo y magia, de locura y cordura, y de amor e indiferencia, Amado describe qué sucede cuando la familia enlutada abandona momentáneamente el velorio: los amigos bohemios del difunto, como si aún estuviera vivo, se lo llevan en un periplo alucinante por los bajos fondos de Salvador de Bahía; una tempestad inesperada les sorprende a bordo de una barca y el cuerpo de Joaquim Quincas Berro d'Água se cae al mar, encontrando así su segunda y definitiva muerte.

Este es uno de tantísimos ejemplos de cómo los escritores han integrado en su obra el final de la vida, unos de manera dramática, otros con ironía,

unos pasando de puntillas junto a ella, otros deteniéndose en los detalles con adjetivos precisos. Sin embargo, la vida real es mucho más que algunas páginas y unos cuantos epítetos. La ensayista norteamericana Joan Didion publicó un libro profundo y absorbente que tituló *El año del pensamiento mágico*; en él describe en primera persona el miedo y la sensación de pérdida tras la muerte repentina de su esposo y, poco tiempo después, el fallecimiento de su hija debido a la complicación de una neumonía. Escribe: "No podemos saber de antemano (y aquí radica la diferencia entre cómo imaginamos el duelo y cómo es) la interminable ausencia que sigue después, el vacío, el sinsentido, la sucesión incesante de momentos en los que nos enfrentaremos a la experiencia de lo que carece de todo sentido".

La muerte de un ser querido conlleva desesperación, tristeza extrema, a veces soledad y, sin duda, una ruptura, una brecha entre el antes y el después del fallecimiento. Es lo que se conoce como duelo, un estado con una duración muy variable que,

ocasionalmente, puede tener consecuencias más devastadoras y complicarse desembocando en una depresión grave o problemas físicos secundarios como alteraciones cardiovasculares.

Los psicólogos que estudian el estrés disponen de escalas en las que la muerte de una persona próxima ocupa las puntuaciones más altas y se considera una de las situaciones más estresantes por las que pueda pasar un ser humano. Por otro lado, algunos científicos tratan de analizar las alteraciones de la química cerebral durante el duelo; desde el Centro de Psiconeuroendocrinología de la Universidad de Milán, por ejemplo, observaron que, en los meses posteriores a la muerte de un familiar próximo, algunas personas presentan alteraciones del sistema inmunitario y una disminución de las endorfinas atribuidas al estrés originado.

Sin embargo, y sin negar el interés de estos conocimientos para lograr comprender mejor qué nos sucede y cómo respondemos ante una muerte próxima, en la práctica resulta más útil conocer

## LA MUERTE SHAKESPEARIANA

En 1997, Hobart W. Walling de la Universidad de Saint Louis (Misuri) publicó un curioso artículo en el *Western Journal of Medicine* donde proponía un recorrido por las cinco etapas del duelo de Kübler-Ross con ejemplos extraídos de las obras de Shakespeare. Hemos seleccionado un ejemplo de cada etapa:

**Negación** Negar la muerte es la primera reacción tras la noticia del fallecimiento y puede ser una reacción de defensa útil para preparar una respuesta más madura. Esta es la etapa menos representada en la obra de Shakespeare, ya que, sobre todo entre militares y nobles, la muerte se equipara al honor. Una excepción es Falstaff en *Enrique IV* (primera parte, acto V, escena 1):

FALSTAFF:- Sí, pero ¿y si el honor, empujándome hacia adelante, me empuja al otro mundo? ¿Y luego? ¿Puede el honor reponerme una pierna? No. ¿Un brazo? No. ¿Suprimir el dolor de una herida? No.(...) ¿Qué es el honor? Un soplo. ¡Hermosa compensación! ¿Quién lo obtiene? El que se murió el miércoles pasado. ¿Lo sientes? No. ¿Lo oyes? Tampoco.

**Enojo** La rabia o el enfado de la segunda parte del duelo puede ir dirigido a uno mismo, a un médico, a Dios o a cualquiera que fuera responsable del difunto. En *Macbeth*, (acto III, escena 1), la rabia se mezcla con el desespero.

ASESINO 2.º:- Majestad, soy un hombre a quien tanto han enconado los azotes y golpes de este mundo que haría todo lo que fuese por desquitarme del mundo. ASESINO 1.º:-Yo también; tan harto de infortunios y sacudido por mi sino que arriesgaría la vida en cualquier lance por mejorarla o acabarla.

**Negociación** Es una etapa en la que la persona trata de ser mejor, abrazándose a aspectos tan diversos como la religión o cumplir mejor su tratamiento. En *Othello* (acto V, escena 2), el protagonista negocia su reputación tras haber asesinado a Desdémona antes de destruirse a sí mismo:

## DOS DE LOS FACTORES ESENCIALES SON LA FORTALEZA Y EL APRENDIZAJE

algo más la dinámica del duelo, sus distintas etapas y la importancia de resolver adecuadamente el proceso.

**La palabra más apropiada** Un primer concepto que tener en cuenta aparece en la definición que dan Víctor Landa y Jesús García-García, del Grupo de Estudios de Duelo de Vizcaya, en la guía clínica de atención al duelo: es una reacción adaptativa natural, universal y esperable ante la pérdida de un ser querido.

El duelo es, por tanto, una respuesta "normal", una respuesta de redefinición y reintegración personal en la que se lleva cabo un proceso de adaptación, de gestión, de ajuste o de atención a uno mismo, a través de la cual se llega, idealmente, a retomar el desempeño o funcionamiento habitual tras la pérdida, tras modificar (o cesar) los lazos emocionales con el difunto y establecer nuevos objetivos y relaciones. El duelo conlleva una transformación de la persona; sin embargo, los expertos dudan en cómo hay que llamar a esta transformación.

**OTHELLO:** *Os lo suplico, cuando en vuestras cartas habléis de estos desgraciados acontecimientos, hablad de mí tal como soy; no atenuéis nada, pero tampoco añadáis nada por malicia. Si obráis así, tendréis el retrato de un hombre que no amó con cordura, sino demasiado bien.*

**Depresión** En una fase en la que se suman el desespero, la impotencia, la culpa, la pérdida de la integridad personal, los reproches por los sueños incumplidos o los conflictos no resueltos y el miedo a lo desconocido, aparece un estado depresivo. Walling propone un soliloquio de *Hamlet* (acto I, escena 5):

**HAMLET:** *¡Oh! ¡Si esta masa de carne demasiado sólida pudiera ablandarse y hacerse líquida, disuelta en lluvia de lágrimas! (...) ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Qué fatigado estoy de todo! Los placeres del mundo me parecen molestos, insípidos y vanos. Nada, nada quiero de él, es un campo inculto y rudo, que sólo abunda en frutos groseros y amargos. ¡Que esto haya llegado a suceder a los dos meses que él ha muerto!*

*Superación* es, probablemente, la palabra menos apropiada, aunque a menudo se escucha: "Tranquilo, que ya lo superarás" como pénsame para intentar animar al familiar apenado. La muerte de una persona querida nunca se supera; en cambio, más pronto o más tarde, si se logrará tomar cierta distancia con los acontecimientos, recordar al difunto sin sentir esa tristeza paralizante de los primeros momentos, e incluso sonreír o reír con esas evocaciones.

El proceso del duelo tiene tanta variabilidad como variables son las respuestas emocionales de las personas. La pérdida nos obliga a redefinimos y reintegramos a la vida, de modo que sufrimiento y pérdida hacen emerger la capacidad de responder para adaptarnos. Hay adaptación, hay recuperación para volver a tener un concepto positivo de sí mismo, mantener una actitud positiva y lograr un uso eficaz de los recursos personales disponibles. Todos estos elementos remiten al concepto de resiliencia, la capacidad de respuesta positiva y eficiente ante un revés vital.

Otros autores se refieren al duelo en términos estratégicos, como si se tratara de una lucha frente a la pena que conduce a un crecimiento personal en el que se vislumbran nuevas oportunidades, hay cambios en las relaciones con los demás, aumento de la sensación de fortaleza personal, mayor consideración por la vida y modificaciones de la orientación existencial y espiritual. Prueba de este fortalecimiento es una frase que se escucha con frecuencia: "Fue lo peor que me pudo haber sucedido; ahora sé que, cualquier cosa que me pase a partir de este momento, seré capaz de superarla". Uno de los factores esenciales en el proceso de duelo es la fortaleza personal adquirida, el aprendizaje. Sin embargo, esto no sucede ni de manera inmediata ni automática; el duelo tiene unas etapas.

**Las cinco etapas** En 1969 Elizabeth Kübler-Ross definió por primera vez las cinco etapas por la que pasa una persona para adaptarse a la vivencia de la muerte: negación, enojo, negociación, depresión y aceptación. Completar ese camino clásico supone, no olvidar la muerte, sino llegar a adaptarse ella incorporando al bagaje personal el fruto de las reflexiones posteriores a la experiencia. Natu- ▶

**Aceptación** La aceptación aparece en la última etapa del duelo como culminación de la introspección y la comunicación interpersonal. Los conflictos se han ido resolviendo poco a poco. También en *Hamlet* (acto V, escena 8), el protagonista despliega una sensación de calma fatalista:

**HAMLET:** *Hasta en la muerte de un pajarillo interviene una providencia irresistible. Si ha llegado mi hora, no hay que esperarla; si no ha de venir ahora, señal que es ahora, y si ahora no fuese, habrá de ser después: todo consiste en hallarse prevenido para cuando venga. Si el hombre, al terminar su vida, ignora siempre lo que podría ocurrir después, ¿qué importa que la pierda tarde o presto? Sepa morir.*



► ralmente, el duelo es un proceso dinámico y cualquier división en etapas sólo tiene un propósito pedagógico, puesto que a menudo se solapan entre ellas. Víctor Landa y Jesús García-García proponen una cronología enriquecida con algunos matices:

**1** El duelo anticipado, durante el cual la persona presenta el shock inicial causado por la noticia de un mal diagnóstico o de una muerte inminente y trata de negarla; hay ansiedad y miedo, y es un momento que queda muy marcado en la memoria.

**2** En el duelo agudo, cuando ya se ha producido la muerte, la persona presenta bloqueo emocional e incredulidad; todo se paraliza.

**3** Durante las primeras semanas –duelo temprano–, se continúa negando la muerte, se busca al fallecido y hay frecuentes estallidos de llanto y rabia.

**4** En la etapa más prolongada de duelo intermedio –cuando la negación ya no protege y todavía no se tiene el alivio que proporciona el paso de los años–, la persona retoma progresivamente sus actividades cotidianas y percibe la realidad de la pérdida, así como las modificaciones de su papel en el entorno familiar o social; se producen tempestades emocionales periódicas, especialmente dolorosas en momentos determinados como aniversarios, fiestas o vacaciones. Es una fase importante durante la cual se llegará a renunciar a la esperanza de recuperar a la persona perdida y se podrá recordar cada vez con menos dolor; reanudar la actividad social y dejar de tener sentimientos de culpa por disfrutar de situaciones que antes eran gratas.

**5** Entre 1 y 4 años después de la defunción (duelo tardío), se ha establecido un nuevo modelo de vida y se vuelve a vivir pensando en el futuro.

**6** Eso permite que quede el duelo latente, cuando la persona se ha adaptado a la nueva realidad mediante un proceso de transformación interior profunda en la que persiste la memoria de lo ocurrido y se ha producido un proceso de crecimiento.

En cualquier caso, el duelo no se produce a partir de la nada, sino que es fruto de las influencias de factores como el estatus socioeconómico, la

dinámica familiar y la cultura. Este último aspecto es importante, puesto que la cultura es la que da forma al lenguaje utilizado para definir la enfermedad y la muerte o cómo se vive la experiencia del dolor y el sufrimiento, así como el tipo de expresión utilizada para la pena.

El apoyo social y la dinámica familiar, el vínculo con el difunto, ser hombre o mujer, o tener algún tipo de creencia o el sistema de valores, son factores involucrados en el proceso de recuperación. El conocimiento de su papel es útil para brindar apoyo a las personas durante el proceso del duelo.

Entre su guía de cuidados, Víctor Landa y Jesús García-García citan, entre otras, la escucha activa y atenta de la persona para favorecer la expresión de sus emociones, orientarla hacia algunas conductas rituales para retomar la cotidianidad y evitar en la medida de lo posible que tome decisiones importantes de manera precipitada o irreflexiva, sobre todo en los primeros meses. También es importante lograr anticipar el recuerdo doloroso en algunas fechas clave, así como potenciar la narración repetitiva de la muerte, para aliviar, desdramatizar y conseguir que se produzca el proceso de reflexión tan necesario para lograr el crecimiento personal deseado y evitar, de este modo, un duelo mal resuelto y consecuencias sobre la salud como ansiedad o depresión.

La pérdida de un ser querido es una experiencia dolorosa frente a la cual las palabras suelen sonar vacías y superficiales. Ahora bien, hablar de la muerte, conocer qué significa el duelo y su dinámica es como un haz de luz en el camino sombrío, que ayuda a encontrar los hilos que tienden el puente entre un pasado difícil y un futuro prometedor.

El duelo desemboca en un crecimiento personal cuyo corolario todos nos hemos planteado más de una vez, pero nos cuesta llevarlo a la práctica: la necesidad de aprovechar el tiempo que vivimos de un modo diferente, la importancia de dar esponjosidad a cada momento de la vida, de impedir que se escape ningún instante y aprovecharlo mejor, profundizando en una de las mejores cosas de la existencia: la relación y la interacción con quienes nos rodean. Descubrir y compartir el extraordinario presente de vivir el tiempo presente. ■

## TRAS LA PÉRDIDA, SE SIENTE LA NECESIDAD DE APROVECHAR LA VIDA DE OTRO MODO

### EL DUELO DE LOS OTROS

La muerte física no es un hecho indispensable para que se produzca un proceso de duelo; un ejemplo es la separación de una pareja. En las separaciones, sobre todo cuando la decisión ha sido unilateral,

sobre todo el cónyuge que sale perdiendo pasa por varias etapas superponibles a las del duelo clásico: tras la negación ("no es posible que esto me esté pasando a mí"), una etapa de enojo conduce a la negociación, y la depresión es el camino hacia la aceptación, que suele conducir al inicio de una nueva relación.



FOTOS: GETTY



15

EN FAMILIA

Un monje lleva unas velas en una ceremonia fúnebre en Japón



Un muñeco de madera con calavera en un altar de la ciudad de Oaxaca, México

## RITOS Y CEREMONIAS

Las ceremonias rituales en torno a la muerte son una forma de honrar y celebrar la vida del difunto y demostrar su importancia, pero, además, ayudan a las personas durante el luto. Varios estudios realizados sobre este tema han demostrado los beneficios de los rituales, a lo que contribuyen los elementos simbólicos que intervienen, tanto materiales (fotografías del difunto o velas) como inmateriales (música, poesía, oraciones). Estos elementos ayudan a expresar las emociones de la persona en duelo y, por el hecho de tener una estructura preestablecida, el ritual contribuye a establecer límites temporales de manera que transmite una sensación de control. Finalmente, todo ritual incluye el recuerdo y es precisamente mediante el recuerdo que las personas pueden seguir el proceso de adaptación a la pérdida.

Los rituales son actividades públicas o privadas, sagradas o seculares, que incluyen la expresión simbólica de una combinación de emociones, pensamientos y creencias espirituales que tienen un sen-

tido especial para los participantes.

En el nordeste de Argentina y en Paraguay se venera san La Muerte, un santo pagano al que, curiosamente, se le atribuyen milagros de vida. Para los maoríes de Nueva Zelanda, el dolor del duelo es una experiencia colectiva, no individual como en nuestro entorno; no se entiende el proceso del duelo como algo personal. En Taiwán, las viudas y sus hijos trabajan conjuntamente para tratar de reconectarse con el difunto: intentan mantener el estatus anterior para restituir la imagen del finado al lugar que ocupaba antes de la muerte. Por el contrario, en algunas zonas de India y Pakistán se teme que el difunto pueda regresar y, para evitarlo, se saca el cuerpo del difunto, no por la puerta de la casa, sino por un agujero que se practica en la pared y se tapia inmediatamente; además, la vuelta del cementerio se hace por un camino diferente al utilizado en la ida. En otras regiones, estas tretas tienen una finalidad distinta: pretenden evitar que la felicidad del hogar se escape junto con el cadáver.

### Farolitos para guiar los espíritus en Japón

Emilio Sato forma parte de la extensa colonia japonesa de la ciudad brasileña de São Paulo. Explica así el culto a los antepasados entre los japoneses: "En Japón, el día de los muertos (obon) se celebra el 15 de agosto; es una fiesta budista en la que se permite que los espíritus de los difuntos visiten los hogares de los vivos. Por este motivo, se encienden faroles en las puertas de las casas para guiarlos y, al finalizar la fiesta, se encienden farolitos en los ríos, por donde los fantasmas regresan a su mundo espiritual". Según la visión budista de la existencia, "una vez cumplida la misión para lograr el desarrollo carnal y espiritual en la tierra, la persona pasa al mundo espiritual (muere), y por este motivo los budistas creen que la muerte es un renacimiento". El culto a los antepasados es

importante en el budismo, y por ello se celebran misas periódicas (hōji) siguiendo la evolución del difunto, que se da en etapas de 7 días, durante las que va pasando a fases superiores, hasta el día 49, cuando ya está a punto para renacer. Al cumplirse un año se termina el luto y, a los 50 años del fallecimiento, se organiza una gran celebración en las aldeas, porque se considera que el fallecido se transformará en un dios protector de la localidad: se considera que la persona llega al Nirvana (se transforma en Buda). Estas celebraciones son un homenaje al difunto, se llevan a cabo siempre antes de completar el ciclo (nunca después) y es la manera de dar continuidad a los eslabones que unían a familiares y amigos.

Emilio Sato también se refiere al butsudan, el altar o santuario para los antepasados que hay en la mayoría de hogares para despertar la espiritualidad de quienes viven allí, pues hay que mantener limpio el altar, debe tener alimentos y flores naturales e incienso.

### Los príncipes amantes del lago en México

México es, quizás, el lugar donde se puedan encontrar más calaveras y esqueletos por kilómetro cuadrado. En México, las calaveras recuerdan a las personas que son mortales. Las hay como golosina o pastelito, hay máscaras de plástico o de papel maché, disfraces o tallas de madera... incluso es posible subirse a un taxi en la capital y salir del vehículo con un curioso obsequio del taxista: un pin de una calavera que estaba en una especie de altar en el panel delantero del automóvil. Pero hay una época en la que las calaveras proliferan: el 2 de noviembre, día de los Muertos. El fundamento de la celebración mexicana es la creencia de que las almas de los difuntos regresan de visita a la tierra y los familiares y amigos les esperan cerca de la tumba con regalos para ellos, especialmente su comida

favorita, en un ambiente muy festivo. Quizás el lugar donde la fiesta es más famosa es en el estado de Michoacán, sobre todo en el lago Pátzcuaro. David Rojas, del Instituto Cultural de Raíces Mexicanas, explica la leyenda que dio origen a estas celebraciones. Los príncipes Mintzita y Itzihuapa estaban muy enamorados, pero cuando Nuño de Guzmán llegó a la zona en la época de la Conquista, apresó al padre de la princesa. Para que lo liberaran, Mintzita propuso dar a Nuño de Guzmán el tesoro que habían sumergido en el lago para evitar que lo robaran, y el príncipe se prestó a recuperarlo; sin embargo, mientras lo intentaba, veinte sombras de los remeros que lo habían escondido le sumergieron a él también, de modo que Itzihuapa se convirtió en el guardián número veintinueve. La noche del día de los Muertos, los guardianes emergen de las aguas y se dirigen a la isla que hay en el lago, donde Itzihuapa se reúne con Mintzita para recibir las ofrendas de los vivos.



## Las piras junto al Ganges

El fuego purifica y, según la tradición hindú, es necesario para liberar el alma de su cubierta terrenal, para que pueda elevarse hasta su unión con el alma universal o bien para quedar atrapada en el samsara, el ciclo de las reencarnaciones. Las piras funerarias que se encuentran a lo largo del río Ganges constituyen un ritual de la muerte muy característico.

En el libro *Sonrisas de Bombay* (Plataforma Ed.), Jaime Salloriente narra así sus recuerdos de la primera visita a Benarés:

"También me impresionó contemplar las piras funerarias y presenciar cómo queman a los muertos. A pesar de que algunos turistas se horrorizaban frente a aquella escena, a mí me pareció fascinante, y me lo sigue pareciendo. El rito funerario hinduista es de los más preciosos que he visto jamás". "Me encanta sentarme en las escalinatas de alguno de los ghats y observar atentamente los sadhus, los hombres que lo abandonan todo, que renuncian a la familia, a la pareja y la posición social, y a

cualquiera de sus posesiones materiales con el objetivo de emprender un proceso de búsqueda espiritual a través de la meditación y el estudio de los textos sagrados. Me fui de Benarés con un gran impacto: allí viví la esencia de la India". "Después también supe que, como muchos otros turistas, había caído en uno de los engaños más habituales de aquella ciudad, el de la leña para los pobres. Alguien te muestra las piras funerarias y te acompaña durante tu recorrido por Benarés hasta llegar a un puente, donde te cuenta que algunas personas son tan pobres que no tienen leña para ser incineradas. Si ofrecieras un donativo, sería muy bienvenido y un bálsamo para algo tan doloroso como no tener dinero ni para ser quemado después de morir. Muchos turistas pican (yo fui uno de ellos) y acaban ofreciendo limosnas (unas más sustanciales que otras) para la leña de los pobres que no pueden ser incinerados. En la mayoría de los casos, el dinero no sirve para comprar leña ni para quemar difuntos pobres, sino para que el guía que nos ha timado se pegue una buena comilona".



Un funeral con música en la ciudad de Nueva Orleans

## Música en el cementerio de Nueva Orleans

Nueva Orleans a comienzos del siglo XX fue testigo del nacimiento del jazz en unas calles que habían heredado las tradiciones de su reciente pasado colonial; las raíces francesas, españolas e inglesas se mezclaban con los hábitos que los esclavos habían llevado desde África. Aparte de un ritmo nuevo y rompedor que marcó un hito sobre el cual se desarrolló toda la música moderna, la ciudad tenía una manera peculiar de despedir a los que morían. El trompetista Louis Armstrong lo describe

1 DE NOVIEMBRE DEL 2008

con detalle en su autobiografía: "Cuando enterraron a Arthur todos participamos en la colecta y alquilamos una banda para que tocara en sus funerales. Las muchachas con quienes Arthur solía salir acudieron a los funerales desde todos los puntos de la ciudad: Uptown, Downtown, Front o' Town y Back o' Town. Todas lloraban. Nosotros, los chicos de quince a veinte años, cargábamos con el ataúd. La banda que alquilamos (la Onward Brass Band) era la mejor que he oído nunca. En ella Joe 'King' Oliver y Emmanuel Pérez tocaban la trompeta y el gran Eddie Jackson la tuba (...). Fue, en efecto, un momento muy triste cuando la banda inició la marcha fúnebre mientras el cadáver de Arthur Brown era conducido desde la iglesia al cementerio. Todo el mundo lloraba, incluyéndome a mí. (...) En Nueva Orleans, los funerales son tristes hasta que el cuerpo es depositado en la tierra y el reverendo dice: "Polvo eres y en polvo te has de convertir". Cuando el muerto ya está a dos metros bajo tierra, la banda empieza a tocar una de aquellas tonadas alegres, por el estilo de *Didn't he ramble*. Todo el mundo se olvidaba de sus

preocupaciones. Especialmente cuando King Oliver tocaba la última parte en tonos agudos. En cuanto la orquesta empezaba a tocar, todo el mundo bailaba de un lado a otro de la calle, sobre todo aquellos que se habían sumado a la comitiva siguiendo a los que asistían al entierro. A éstos, los transeúntes que quieren oír música, se les llama 'segunda fila'. Les pica la curiosidad y siguen el entierro durante unas cuantas manzanas de casas, pero otros lo acompañan hasta que todo ha concluido". Esta descripción de las costumbres para despedir a los difuntos en Nueva Orleans muestra un aspecto sobre la percepción de la muerte que aparentemente puede parecer un oximoron: los músicos celebran la vida del fallecido —lo que fue y lo que representó—. Y lo hacían cambiando el tempo de manera abrupta, cuando ya se habían alejado un poco del cementerio. De pronto, los himnos tristes se convertían en el alocado *When the Saints go marchin' in o*, sobre todo, en *Didn't he ramble* (una canción llena de dobles sentidos cuyo título podría traducirse por '¿No se pasea?').

LA GENTE  
BAILA JUNTO  
AL FÉRETRO  
CON LOUIS  
ARMSTRONG